

Abelardo y Eloísa

Desde siempre la carta parece haber sido el recurso favorito de la mujer para sobrellevar la soledad y el aislamiento al cual la confinaban los severos preceptos del mundo masculino. El amor, profano o divino, fue muchas veces un aliciente para romper su mutismo y no fueron pocas las que aprendieron a escribir a escondidas para desahogarse aunque tan sólo fuera ante una hoja de papel. Sin embargo, son pocas las cartas escritas por mujeres que han llegado hasta nosotros, y entre esas pocas, las de Eloísa, abadesa del Parácleto, merecen especial atención. Su interlocutor, Abelardo, no es un "Tú" de ficción, sino un ser tan real como ella misma. Aunque el intercambio epistolar entre ambos ha sido calificado como la primera gran novela de amor de la literatura occidental, al iniciar esta correspondencia, más que aspirar al reconocimiento literario, Eloísa, como otras, parece haber buscado en la escritura un medio para exteriorizar los conflictos que la angustiaban.

Eloísa nació en París en 1101, veintidós años después de Abelardo, su maestro. Sobre su vida familiar sólo hay conjeturas; se sabe que fue su tío, el canónigo Fulbert, quien se ocupó muy particularmente de su educación. Desde muy niña se mostró excepcionalmente dotada para el estudio. En tiempo de las catedrales, en Francia, la curiosidad intelectual en la mujer no se castigaba como un apetito malsano, como sucedió luego, en un pasado más reciente. Por eso es que la joven pudo satisfacer su necesidad de conocimientos y completar el ciclo de las artes liberales. Por eso, también, Fulbert no dudó en confiarle su sobrina, como discípula, al más ilustre filósofo y maestro de la época. Así entró Pedro Abelardo en casa de Fulbert y en la vida de Eloísa. Lo que sucedió después tal vez suscite exclamaciones de júbilo entre los que aún conciben la instrucción de la mujer como un lujo pecaminoso. Una pasión violenta se apoderó de ambos; Eloísa dio a luz un hijo y luego se casó secretamente con su amante. En venganza por lo que consideró como una traición a su confianza y una afrenta imperdonable, Fulbert mandó a sus secuaces a castrar al seductor. Para acallar el escándalo y ocultar su vergüenza, los esposos renunciaron al mundo y tomaron los hábitos. Diez años después de su conversión, un acontecimiento inesperado los reunió temporalmente. El convento al cual pertenecía Eloísa fue anexado a la abadía de San Dionisio, en la cual Abelardo había profesado; por lo tanto ella y sus compañeras

lo abandonaron para integrarse a otras comunidades. Enterado de la situación y alarmado por la suerte de su esposa, Abelardo les cedió a ella y a sus compañeras un convento fundado por él años antes en el territorio de Troyes, al cual había denominado el Parácleto y que se hallaba abandonado desde su denominación como abad de San Gildas de Ruys, en Bretaña. Esta donación fue confirmada por el Papa Inocencio II quien les concedió el privilegio a perpetuidad para ellas y sus sucesoras. Eloísa fue su abadesa hasta su muerte.

Durante algún tiempo, Abelardo permaneció en el Parácleto asesorando a la nueva congregación. Sus enemigos no tardaron en propalar comentarios insidiosos que lo obligaron a regresar a su abadía para proteger su reputación y la de la comunidad que acababa de fundar. Algunos años más tarde, se inició entre la abadesa del Parácleto y el abad de San Gildas un intercambio epistolar que continuaría hasta la muerte de éste último. Eloísa le sobrevivió veintidós años, los mismos que él le llevaba de ventaja. Ella murió en el Parácleto a la edad de sesenta y tres años —como Abelardo—, respetada y honrada por sus hermanas y por sus superiores. Sus restos fueron reunidos con los de su amado que habían sido secretamente trasladados a ese convento en cumplimiento de su última voluntad. Cuenta la crónica de Saint Martin de Tours que, al ser depositado el cuerpo de Eloísa en la cripta de su esposo, éste abrió los brazos para recibirla y luego los volvió a cerrar, estrechándola amorosamente en ellos. Dos personajes dignos de fe habrían presenciado este prodigio.

La carta que presentamos a continuación es la respuesta de Eloísa a la *Carta a un amigo* que Abelardo escribió, siendo abad de San Gildas, para consolar a un amigo, real o imaginario, o para sí mismo tal vez, y en la cual describe sus propias desventuras. Por casualidad, ésta llega a manos de la abadesa del Parácleto. Conmocionada al reconocer su procedencia después del prolongado silencio de su amado, le responde, iniciando así la correspondencia entre ambos.

La dedicatoria de la carta de Eloísa —característica de las de la época—, es casi una definición de la pareja que ambos formaron, una síntesis de su vida amorosa. Su fórmula de despedida está igualmente cargada de significado. Entre una y otra la pluma va y viene de la pasión a la cordura, del cuerpo al alma, según la empuñe la mujer o la abadesa.

El discurso amoroso de Eloísa no sólo es el de la devota espera, o la queja de ausencia. Es un grito de dolor y rebeldía. La abadesa del Parácleto no es de las que tejen o cantan sus soledades. Su educación no sólo le ha abierto todos los caminos del sentimiento sino también todos los de la inteligencia. El hecho de responder a una carta que no le estaba especialmente dirigida es un acto de rebelión en contra de la pasivi-